

imponderable pelagatos de Arnaldo o a su mujer inmensa, que tiene la virtud de los grandes, y que consiste en no aguardar premios, ni siquiera el de que los hijos retengan su nombre?

«Los que viven por sus manos» es un plato fuerte, de los mejores en la minuta de la novela psico-social sudamericana.

«EL SUR DORMIDO», de Miguel Arteche. Ediciones de Librería Neira, 1950.

Desde el primer poema, «Llanquihue», escrito en alejandrinos franceses libres, apunta en Arteche un lirismo fino. Puebla de impresiones la voz creadora de aire estético, de atmósfera sensible. A pesar de que cada verso es una sentencia (que hemos llamado arci-finio o de límites naturales en Trinidad Poética de Chile), el fruto madura y debe cogerse sólo en la totalidad de la composición; si acaso, en una estrofa suele anidar el sabor de la síntesis:

«Entre el bosque lejano otra vez el otoño.
Vaporoso, silente, entre la niebla vuelve.
Distribuye su rostro y su cuerpo cantando,
pero su voz ausente duerme sólo en la tierra.
Brotan el silencio lleno sobre el agua secreta.
Ya sube el lento paso del corcel sobre el lago.
Ya escapa entre el mañío su mano desolada.
Ya el aroma se cruza de voces esponjosas.
El otoño otra vez tan lejano lo mira.
Otra vez el otoño vuelve sobre Llanquihue».

Es el clima de melancolía húmeda del sur. «El Sur Dormido», cuya respiración, escuchamos tantos, y cu-

yo aliento se ha sustantivado en dos vates de enjundia máxima: Neruda y Juvencio Valle.

De ambos tiene, de los dos tenía que tener de modo necesario Arteche. Este «otoño que vuelve sobre Llanquihue y distribuye su rostro y su cuerpo cantando», ése que tiene «voz ausente» y «mano desolada», aquél que al aroma «otra vez tan lejano lo mira» es de la misma familia del «Fantasma del Buque de Carga» y de «Sólo la Muerte», donde los conceptos más abstractos se corporizan, se antropomorfizan y arriendan eufónica, onomatopéyica virtualidad. Palabras de blandura auditiva, lo mismo que pasos anegados en el humus del sur dormido. Van adquiriendo perfiles de anhelos trascendentales, conciencia de la inapelable caducidad terrena, encendida nostalgia del tiempo muerto, «penas y furias» al modo del autor de «Las furias y las penas»:

«Tú, que encerrabas la música en el cuerpo,
vuelves, a través de aquellos cielos verdes,
sin esa música que querías oír.

Recuerdo ahora
el sonido de tu paso viniendo de la tierra,
tu propia mano que limpiaba la mesa,
tus doradas piernas con nieve del deseo,
todas estas cosas reunidas
en un día que no es mío,
porque fluye y permanece entre mis manos,
porque esa vida escapaba y sin embargo era la mía.

Mirando lo que un día entre los pechos fuiste,
por el viento del oeste, por la muralla verde,
pienso en lo que he de ser, en lo que he sido un día,
en los momentos que en este instante se están
[marchando
en los pocos amigos perdidos, en el amor desterrado».

Aliento de paradoja temporal heraclítea, de los predios nerudianos.

De Juvencio tiene el lirismo terso y minimizador, y si en la esfera nerudiana están «la enamorada piedra», las «cabelleras moradas» y sobre todo los «pálidos días» (amén de peculiaridades notables y principales como son las que enunciamos al escribir sobre Raquel Jodorowsky en la última «Revista de Educación»), se hallan en la juveniana estrofas de este sesgo:

«El laurel se sostiene por la mano de un ángel.
El mañío penetra la carne de los vientos.
El chamico acumula las nubes de su sueño.
El orégano oculta su vientre perfumado.
Y en todas las provincias de primavera lenta,
cada ser es de agua, es de piedra, es de nimbo,
y sobre todo viene la flor diseminada
de la lluvia nostálgica que dormita en la tierra».

Claro está que sobre el influjo del autor de «La Flauta del Hombre Pan», «El tratado del bosque» y «Nimbo de Piedra» apunta el poderosísimo, el omnímodo del padre del «Canto General de Chile».

Hay, de cierto, un poeta en Miguel Arteche. La estructura da más que la suma de sus partes. Encomiabilísimos son los temas vernáculos que ofrecen y cumplen tantas de sus composiciones: «Llanquihue, Contulmo, Mañío, Chucao, Petrohué», y junto a los indígenas, los de opuesta inspiración ibérica, sobre todo «Un español».

Existe en «El Sur Dormido» un poeta que lo despierta, sin duda, un lirida de vocación que aparte el vaho de la tierra ha tenido que respirar el del arte de sus promotores. Arteche dibujará su propio rostro,

obliterando el marco de sus mentores: para ello tiene sensibilidad vigilante e inteligencia de raro gusto.

«RAPSODIA PARA LA VIDA DEL HOMBRE», de *Claudio Solar*, 1950, Editorial Index.

También se halla el genio de «Residencia en la tierra» leudando en esta poesía. Se le reconoce palmariamente en evolución, desde el «Hondero entusiasta» adelante.

Pero Solar es más ingenioso y orador que sensitivo de raíces metafísicas, como aparece en la mayor parte de estas composiciones en torno al nerudiano motivo de la temporalidad. Por veces emerge la influencia de Góngora y Quevedo en este joven profesor de castellano en la Escuela Normal de Victoria. Ocurre, no sin gracia, en la Letrilla «A la plaza van», por ejemplo:

«Señoras con perros,
perros con señoras
que andan por el césped
contando las horas
lucen en sus cuellos
chispeantes las joyas,
las que consiguieron
por privadas obras...

Venga a mediodía
el que lo que quisiere
mirar las viudas,
solteras, e infieles
mujeres casadas,
o casadas fieles...